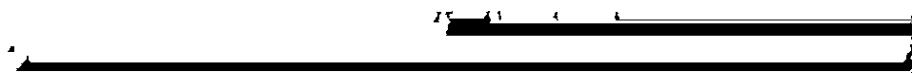
LOS POETAS DE LA GENERACION REPUBLICANA

Los Poetas de la Generación Republicana

Ediciones del Grupo "Pasaje"

PANAMA-1933

LOS POETAS DE LA GENERACION REPUBLICANA



EZRA POUND.

titución nacional. Hemos tenido como palabra de orden el engaño y oculto siempre a nuestros ojos, con raro arte, todo aquello que en su plena verdad es desagradable. Es por esto por lo que ahora, cuando se comienza a decir la verdad, repercuten con tanta acritud en los oídos panameños las palabras de los jóvenes. Si repasamos las antologías que andan por ahí, encontraremos, enseguida, que no ha sido una estricta pulcritud literaria la que ha decidido la escogencia de los trozos seleccionados sino la simpatía personal o política, unas veces, y el deseo de lucro, las más. Hace ya un tiempo, un fino escritor francés al ver un grueso libro que yo tenía en las manos, abierto por el índice interminable, me preguntó si era la guía de teléfonos lo que le mostraba. Tuve que que responderle que no, sin rechazar la irónica pregunta; que era una obra antológica, editada por nuestra "Biblioteca de Autores Nacionales". Y sin permitir que se subleve el patriotismo, hay que pensar lo justo de esa pregunta, ya que es difícil imaginarse un pequeño país como el nuestro con tantos poetas de suficiente rango como para figurar antológicamente. Pero quizás, en el fondo, la razón de esta magnanimidad en el otorgamiento de la gloria responda a una profunda

necesidad sociológica. Los pueblos en gestación se apresuran siempre a crear sus valores. No se exige mucho para tener relieve en una nación recién nacida y se perdonan demasiadas faltas en la urgencia de las primeras edificaciones. No hay más que asomarse al panorama de la historia para ver ese aire transitorio que tienen las cosas de las sociedades en principio. Así, pues, una República creada bajo la atención de medio mundo es indispensable, según el criterio propio, que tenga sus galas para lucirse. Necesita tener todo lo que poseen las demás naciones ejemplares, sin que pueda conformarse con una o dos glorias. Es preciso que tenga muchas, aunque vistas de cerca pierdan el brillo y la gloriosidad. Esto puede perdonarse que acontezca un momento. Lo malo es que en Panamá se ha prolongado demasiado esta falsa situación.

CRONOLOGIA
Y ANECDOTA

Al leer los periódicos anteriores y posteriores al 1903, se puede observar cómo los poetas no vienen a gozar de aprecio e influencia sino después de la separación de Colombia y, sobre todo, en los primeros años de entusiasmo republicano. Se comienza a nombrar en la prensa al "señor general y talentoso estadista" y al "gran poeta, gloria de América, ruiseñor del Istmo", etc. Ya las glorias de Bogotá no nutren la vanidad colectiva y es preciso y urgente tener las propias. No hay una publicación de la época que deje de publicar, por lo menos una vez a la semana, largas páginas de versos con dadivosos juicios ditirámbicos en honor de cada uno de los poetas firmantes. Al mismo tiempo, aparecen genios en las finanzas, pedagogos admirables, valientes militares y toda una serie de grandezas que justifican, sobre las razones económicas, la emancipación del Istmo. Los poetas comiezan a producir, estimulados por la risue-

ña acogida del público que sabe practicar sus deberes ciudadanos. Se publican varios libros de versos. Los que tienen a su cargo la prensa y la crítica, otorgan espaldarazos a montones. El laurel toca la frente de estos **elegidos de los dioses,** como se llaman unos a otros, y la República de Panamá cuenta para su mayor gloria y gala con una corte de poetas que mostrar al mundo. Pero, en verdad, se trata de unos cuantos poetas dignos de un modesto aprecio local y no de una posición de altura en el continente como quiere la torpe vanidad panameña.

Es la hora del "Heraldo del Istmo" y "Nuevos Ritos", publicaciones en las que se habla mucho de la Patria. Demasiados versos y poca prosa de ideas. Comienzan a cantar Ricardo Miró, Aizpuru Aizpuru, Héctor Conte, Demetrio Fábrega, Julio Arjona, Enrique Geenzier, Hortensio de Icaza, José Oller, Zoraida Díaz, José María Guardia, Napoleón Arce y otros más cuyo olvido no menoscaba esta exposición. Los poetas producen y el público aplaude. Pasa el tiempo. Llega la inauguración del canal y, poco después, el primer empréstito de Wall Street. Se aumenta el tren de empleados administativos. La mayoría de los poetas glorio-

sos cuenta con el apoyo oficial. El Presidente también es poeta y sabe, como ninguno, apreciar el valor de unos renglones con música. Las revistas literarias, con tal de que publiquen de vez en vez una oda presidencial, gozan de largas subvenciones del Estado. Se derrocha oro y con igual largueza el adjetivo. Un señor Palma publica sonetos al canal. Geenzier, un poema largo en alejandrinos no muy ricos. El poema es ditirámbico e ingenuo, fiel reflejo de la infantil mentalidad panameña frente al hecho importante del canal. Pasa el tiempo. Aparecen Gaspar Octavio Hernández, José Guillermo Batalla, Demetrio Korsi, quien firma en un principio Coorsi, Santiago Benuzzi, José María Pinilla, Elías Alaín, Ida Belli, Alberto de Alba y Santiago Mackay. Sale a la luz "Esto y Aquello", revista quincenal muy bien editada dirigida por Geenzier y Benuzzi, y de la cual más tarde ha de ser director Gaspar Octavio Hernández. Alrededor de esta publicación se agrupan casi todos los poetas. "Esto y Aquello" es una revista sin derrotero cierto y definido. Sólo gesto, mero grito de un falso esteticismo de segunda mano. El espíritu satisfecho de sus directores —niños mimados de la República— se refleja en cada página. En un editorial, curio-

so por lo característico, se puede leer lo siguiente: "aquí no sólo tendrán acogida los poetas que gozan de la fama"... Como en un mosaico, al lado de la prosa rococó del señor Benuzzi, aparece el retrato de la señorita Fulana de Tal, "bella flor del jardín istmeño", etc. Cada número de esta revista es recibido con júbilo. Los poetas cumplen rigurosamente su papel de halagados y halagadores. Un escritor declara en un prólogo que "soplan, justo es decirlo antes de terminar —el prólogo—, vientos propicios para las letras. Comienza ya a haber estímulos nobles, se descubren nuevos horizontes" y otras frases optimistas. Desde las oficinas de estadística hasta los despachos ministeriales, los jefes saben escribir un soneto. Miró y Hernández son los dioses mayores, alrededor de los cuales cantan los otros diocesillos. Las mujeres fundan agrupaciones sin ninguna seria inquietud. El asesinato de Saravejo repercute en el mundo. La prensa panameña publica entonces poemas infantiles. Unos, a Francia; otros, a la patria del Kaiser. Pero la vida sigue lo mismo. 1916: los poetas producen y el público aplaude. Aparece la primera antología poética, obra del Dr. Octavio Méndez Pereira. 1917: los poetas producen y el público aplaude. Entran los Estados

Unidos a la guerra y, consecuentemente, Panamá. Un poeta —Miró— firma la declaración contra Alemania que motiva la célebre sonrisa de Guillermo II. 1918: los poetas producen y el público aplaude. En Noviembre, muere Gaspar Octavio Hernández. Y Miró queda como único Dios. La noticia de la paz es saludada con unos cuantos poemas sin importancia. 1919: los poetas producen y el público aplaude. Se funda "Ariel", centro para tomar el té. Rodó y Darío. Miró y Méndez Pereira. Yo recuerdo vagamente haber asistido a una de las reuniones de esta sociedad, en las que mi madre, por ese entonces profesora, recitaba en compañía de otras señoras, mientras se repartían helados y bizcochos, que eran las únicas cosas que me interesaban. A todo esto, los poetas han seguido gozando del favor oficial con los flujos y reflujos de nuestra política, pero, en términos generales, siempre a la sombra grata del presupuesto.

En los años siguientes la laguna de nuestra lírica permanece quieta hasta que llega el tormentoso autor de "Alma-América", Chocano, a quien le rinden arrodilladas admiraciones los poetas indígenas. Alaín le dedica poemas y Korsi, con mucho más talento, le prodiga un ho-

menaje conmovedor: le imita. Valencia, Andrés Eloy Blanco, Francisco Villaespesa y otros poetas de renombre pasan por el Istmo. Los adolescentes literarios que se inician en esos momentos son la resonancia de sus pasos: Octavio Fábrega y Juan Morales, entre otros. Llega la inauguración de la estatua de Balboa. Concursos, premios, becas y puestos consulares y diplomáticos. Silencio. Los poetillas de siempre siguen publicando sus versos. Miró y Demetrio Fáberga no publican. Korsi, Geenzier y Batalla se encuentran en el extranjero. Y pasa un tiempo sin que la prensa se adorne con las acostumbradas páginas poéticas.

A fines de 1924 llegan a nuestras playas varios desterrados por el régimen de Leguía. Méndez Pereira es Secretario de Instrucción Pública y no vacila en llevarlos al Instituto, contra la clerigalla opositora, donde quedan como profesores. Los hombres del Sur traen la mente amplia llena de cosas nuevas en arte y en política. Se dice por primera vez en este edificio ilustre que los viejos valores ruedan por todas partes deshechos. Los que son poetas, publican sus versos y sólo provocan una reacción de simple chiste y fácil ironía. Exponen sus ideas por

medio del periódico y la conferencia. En una reunión celebrada en casa de uno de los directores de este plantel, el cisne de Darío queda sin su vistoso plumaje ante los ojos absortos de los intelectuales indígenas; más de nueve años después de la reacción de González Martínez en el norte y la del grupo de Ricardo Güiraldes en el sur. Algunos quieren oponerse a la labor de los jóvenes peruanos, pero terminan por aceptarla. Entonces, frente al probable éxito juvenil, se produce una reacción peligrosa: la de los profesores panameños de literatura. Pero mientras sucede esto en lo literario, se ocasionan algunos choques entre los trabajadores y la policía, motivados por el problema de la vivienda. El gobierno del señor Chiari estima que los desterrados tienen parte en la dirección de las masas inconformes, y decide deportarlos. Mas los hombres que enseñan las viejas cosas no se contentan y quieren asegurarse bien la victoria. El profesor de Roux, con su palabra impresionante, recita en "Los Sábados" del Instituto sonoros poemas de Chocano, Marquina y Villaespesa, y dice a su numeroso y arrobado auditorio que los que luchan por las nuevas tendencias no tienen razón. El ilustre profesor no se detiene a meditar las profundas transformaciones operadas

en el mundo. No existe para él un por qué cambiar la expresión artística. Y esto lo dice cuando ya en Rusia se ha tomado el camino de un formidable experimento; cuando en toda Europa y el resto del mundo una nueva moral pide su reino. Por varias razones, vuelve la quietud al mundillo literario. De Roux está en Europa o, para ser más exacto, en Barcelona. Algunos cambios importantes en el gobierno han dejado a muchos poetas sin la bendición dorada. Los pajarillos enmudecen. Comienza entonces un largo silencio que dura hasta 1928, en cuyo mes de noviembre se publica un trabajo de Enrique Ruiz Vernacci sobre la literatura nacional donde se comenta la aparición de un nuevo poeta panameño —Rogelio Sinán— que hace una poesía distinta de la acostumbrada entre nosotros y cursa estudios de arte en Roma. Por extraña floración, aquí también se produce esa clase de poesía, pero sin rumbo ni seguridad.

En el mes siguiente —Diciembre de 1928—, Vernacci, ayudado por el Rector Moscote, dicta unos cursillos de literatura nueva, que sorprenden graciosamente y no tienen más eco que el de una risa ingenua. Vernacci no se propone explicar a su auditorio las razones de la revolu-

ción literaria, sino simplemente molestar a sus oyentes. Con tal objeto, recita sin más ni más poemas de Cendrars, de Cocteau y otros franceses. Escéptico, no cree en la capacidad de los que le escuchan para evolucionar y se limita a juegos irónicos de erudición e ingenio. Pero de estos cursillos sale la amistad de Vernacci y unos jóvenes que se unen y forman un grupo a la sombra de un periodiquillo, algo así como el "Monterrey" de Alfonso Reyes en la forma, mas sin otro respaldo que una inquietud de brújula trastornada: "El Banquete". Los poetas nuevos producen y el público no aplaude. Sigue embriagándose con los viejos vinos. Tantos años de orgía de palabras sonoras le han estragado el gusto. No tiene sensibilidad para captar el mensaje del tiempo nuevo. Mas antes de seguir, quiero dejar aquí dichas unas palabras sobre Enrique Ruiz Vernacci, el más fino de cuantos en Panamá han llevado el título de periodista. "Errevé", siempre alerta, tiende el brazo a los nuevos. En su casa se reunen los **conspiradores:** discuten, repasan los valores en juego, muchas veces mientras el gozo y cordial "Errevé" golpea sobre la maquinia el prólogo malicioso del libro de cualquier gloria nacional. Porque la explicación de los muchos juicios diti-

rámbicos que éste ha hecho sobre nuestra literatura republicana, hay que encontrarla en su ironía. No recuerdo bien si he sido yo el que ha dicho que en cada línea suya hay un motivo para que sus prologados se disgusten con él. Y ahora, continuaré mi relato.

En los meses siguientes, aparece María Olimpia de Obaldía. La poetisa produce y el público aplaude, mas ya no es el verso de antaño; hay en éste una nueva inquietud. Sigue un corto silencio. Estamos en el año de 1930. María Olimpia de Obaldía es proclamada María Olimpia de Panamá. Discursos, versos, coronas. En esos momentos, llega Rogelio Sinán de Europa. Se refuerza el grupo de avance, que labora en la medida de sus fuerzas. El Instituto brinda un nuevo fruto: Antonio Isaza, quien, sin unirse al grupo de Vernacci y los otros, comprende la llamada de su tiempo y olvida los consejos de los señores de Roux. Todo va bien. El Dr. Méndez, nuevamente Secretario de Instrucción Pública, promete nombrar a Rogelio Sinán en cuanto se inicien las labores escolares. Pero llega el golpe de Estado de 1931. El Dr. Méndez deja la Secretaría. Vernacci se vé obligado a partir a Europa. La atención pú-

blica se distrae. No se habla más que de unos postulados —aún inéditos— de la "revolución". El nuevo Secretario se opone al nombramiento de Sinán porque éste "es vanguardista". Mas la oportuna intervención del Lic. Manuel Roy decide al Secretario Quiróz a dar al poeta de "Onda" una posición en el profesorado. E inmediatamente se inicia en las aulas la reacción contra el espíritu clasicoide de los tiranos profesores de literatura.

A todo esto, el panorama político se encuentra más nublado que nunca. El señoritismo deportivo grita y gesticula. Las ambiciones buscan desesperadamente cauce para sus turbias aguas en el presupuesto. Los miembros con que se maneja la cosa pública son los aptos para un juego de foot-ball. Los doctores Méndez Pereira y Moscote se hacen de un sereno refugio intelectual: "La Antena", primera publicación panameña de importancia que confía la crítica literaria a los del grupo de avance. El Dr. Méndez a invitación de la Escuela Normal de Señoritas, ofrece en ese plantel unas charlas sobre la nueva literatura. La actitud del autor de Emociones y Evocaciones" es la del hombre de fina inteligencia que ante un fenómeno cual-

quiera no se conforma con negarlo sino que se acerca curiosamente a su acontecer, deseoso de explicárselo: El Dr. Méndez Pereira hace su más óptimo esfuerzo por acercarse a la literatura de hoy; y si no consigue el éxito complero, gana, en cambio, un poco de atención por las cosas nuevas. Estando así preparado el ambiente, llega a Panamá el agudo escritor peruano Luis Alberto Sánchez, desterrado por el gobierno de su patria por razones políticas. El Rector Roy brinda la tribuna del Instituto para que hable el biógrafo de González Prada. Y Sánchez dicta un curso sobre la literatura contemporánea, admirable y doblemente fecundo, porque, por un lado, la tontería académica se da cuenta de que se trata de algo importante y no de un mero juego de muchachos; y, por otro, los jóvenes de vanguardia organizan y dan rumbo a su inquietud.

Así se ha llegado a este año de 1933 en que, gracias a la oportunidad brindada por el Lic. Roy, la gente nueva comienza su revisión pública de los valores que la República tuvo que improvisar para lucirse y que luego se han convertido en una calamidad, tiranizando el gusto. En una calamidad, porque no han sabido— no

han querido— ceder el paso a los que traen el mensaje del tiempo de hoy; y porque nuestro público inculto se ha acostumbrado a su obra, sin querer entender lo mucho de mentira deliciosa, de pura broma, que hay en el éxito de ellos.

Y ahora que he rendido tributo a la anécdota, y antes de dar principio a la segunda parte de esta exposición, quiero manifestar a ustedes que yo sé que a muchos chocará el desencanto que hay en mis palabras, mas debo hacer notar que ese desencanto es el mismo de las de todos mis compañeros, los jóvenes que al par que yo examinan la vida panameña en lo que se refiere a esta costosa e inútil generación —parvenue del año 3—que deseo llamar, si ustedes lo permiten, la generación republicana.

CLIMA Y ESCENARIO

El Istmo es verde, rabiosamente verde. A lo largo del año, este color, hecho símbolo por los hombres, hiere los ojos con su continuidad. Por dondequiera que se mire, se encontrará siempre este **leit-motiv** en el paisaje. Sobre esta monotonía sin esperanzas, el sol durante todo el año manda sus rayos; y cuando llueve se hace más brillante el color de la selva y más intensa la furia del sol. El Atlántico y el Pacífico oprimen con sus aguas verdes la cintura del Istmo, pugnando por sepultarlo. Y el calor, consecuencia de todo esto, es rey y señor en nuestro mundo. Blasco Ibañez y Waldo Frank han escrito sobre el terrible ambiente panameño. La abundancia de color impresionó al primero; el calor impresionó al segundo. Ahora bien, la crítica de aquí se ha valido de estos dos preponderantes elementos tropicales —color y calor— para justificar la actitud de escape de esta generación. Ha dicho que nada tiene de censura-

ble que nuestros intelectuales, influenciados por el mundo cromático que les circunda, aprecien más la apariencia, el parecer, que lo esencial. También ha repetido, en su afán de justificaciones, la teoría que anda por ahí sobre la decisiva influencia del trópico, que los "verlaines" nativos repiten para excusar su literatura de evasión. Esa teoría expuesta, entre otros, por Waldo Frank en su "América-Hispana" (página 142.—Traducción española. Espasa Calpe. Madrid.) dice que "la igualdad de la temperatura interna del cuerpo humano y la del exterior, produce una unión instintiva entre el hombre y su mundo... El hombre reacciona contra esta unión instintiva de su cuerpo y de su mundo. El calor uniforme y constante funde la carne y la tierra, y el hombre reacciona resistiéndose a la fusión y a la unidad, negando los dos: el cuerpo y el aire. Pero aun se ve forzado, por la experiencia de su cálido ambiente, a identificar la carne y la tierra, y entonces pone sus valores —su realidad— fuera de ellos. Busca un intelectualismo de escape..." En nuestro medio, y refiriéndonos a esta comentada generación, quiere decir que se escapa a Versalles sobre el cisne del poeta nicaragüense, en un viaje sin gracia, falso y doloroso. Pero de aquí, de es-

tos argumentos de la crítica ditirámbica, surge otra de las acusaciones que los jóvenes del año 33 tenemos que hacerle. La grandeza del hombre está, precisamente, en dominar las fuerzas que quieren derrotarle. Nosotros también, señoras y señores, vivimos en este trozo del trópico inclemente. Sin embargo, luchamos por acercarnos más y más a nuestra tierra para vencerla en su propia entraña o perecer con la satisfacción del esfuerzo. Sinán, que ha viajado por Europa, escribe "La Balada del Seno Desnudo", llena de sabor tropical. Hernández en cambio, que no conoce más temperatura que la que sufrimos junto al Ancón, habla de la nieve terrible o del granizo que azota el rostro de su amada. De un lado hay rebelión y posibilidad manifiestas; del otro, sumisión e impotencia, porque escaparse es y será siempre someterse a las fuerzas contrarias. Si mi generación se mantiene en la realidad, luchando con la naturaleza que quiere dominarla y contra la indiferencia e incomprensión de la sociedad, ¿por qué la republicana que contaba con la arrastrada admiración del público, no se rebeló dignamente? La palabra que está a punto de brotar de mis labios es tan justa como dura...

INFLUENCIAS LITERARIAS

La mayoría de estos poetas nace entre los años de 1880 y 1895; es decir, en pleno hervor modernista.

En 1883 han publicado ya poemas que tienden a salirse de las viejas formas José Asunción Silva, Manuel Gutiérrez Nájera y Julián del Casal. Años más tarde, en 1888, aparece "Azul" de Rubén Darío, y el modernismo queda fundado. Avanza. Se comienza a traducir a los franceses y a los autores europeos traducidos al francés. En 1896 publica Darío sus "Prosas Profanas", libro que hace brotar dentro del modernismo lo que se conoce por rubendarismo y que es lo más débil de la obra de Darío, cosa que reconoce él mismo. Pero esta obra es la que influirá decisivamente en los poetas de aquí. A estos poetas, hombres sin cultura, impresionables, tenían que llamarles la atención las primorosas filigranas de Darío. Antes que los for-

midables poemas del "Canto Errante" y de "Cantos de Vida y Esperanza", el colorista artífice de "La princesa está triste..."

Pasa el tiempo. Otros campeones del nuevo movimiento se van dando a conocer: Valencia, Chocano, Lugones... Al par, aparecen, siempre en traducciones, la ironía de Anatole France, el amoralismo de Wilde—traducido por José Martí—, el cristianismo de Tolstoy, el aristocratismo de Nietzsche, y otras novedades europeas. Mientras, nuestras futuras glorias han alcanzado ya "la edad de los primeros versos". Todas estas corrientes llegan a ellos y, como no cuentan con una sólida base cultural ni con un talento extraordinario, son influídos contradictoriamente hasta la tontería. Se presenta el caso de un poeta que canta a la humanidad, fraternalmente, y pide a los demás que hagan del arte algo exclusivo. Precisemos, como ejemplo, el caso de Geenzier que habla de "la estrecha frente de la ignorancia absorta" ante la lluvia de oro de sus versos, luego de cantar a la multitud. Y el de Miró, autor de un bello poema a Jesús, cuando dice que "desdeña el hombro de la muchedumbre" y habla de su "torre de marfil, sagrada".

Si unimos a estas confusas influencias la música de "Prosas Profanas", el desaliento de algunos románticos, un poco de Poe traducido, algo de Valencia y mucho de Chocano, tendremos los ingredientes del tónico espiritual que nutrió a las glorias panameñas mientras se formaban.

Así tenemos, pues, que, además de no haberse podido enfrentar al ambiente, se impresionan a la ligera, aceptando lo más brillante que se les presenta a la vista. Serán nietzscheanos que escriben como Tolstoy cuando quieren ser irónicos a la manera de Wilde. Confusión e ignorancia. Pero no la confusión que nace por exceso de raciocinio e interior conflicto, sino la otra: la del ciego frente a los cien caminos que seguir.

CONCEPTO DE POESIA

Si queremos saber el concepto poético de esta generación, tendremos que buscarlo esparcido, aquí y allá, entre los muchos versos publicados, sin orden ni precisión. Lo más difícil es encontrar en sus escritos un juicio certero que dé el rastro de un postulado. Todos los poetas al comentarse usarán con largueza del buen adjetivo, y nada más. Yo he tenido la paciencia de leerme la colección de "Esto y Aquello" sin obtener provecho alguno. En esas páginas lo único que se dice es que la Pardo Bazán es una de las más grandes figuras de la literatura española y Geenzier uno de los poetas de mejor porvenir en América. De modo, pues, que formalmente esta generación no tiene ni credo estético. Mas para que ustedes tengan una idea aproximada de lo que vagamente anhelaba, citaré unos cuantos versos que dejan traslucirlo. Y he dicho "lo que vagamente anhelaba" con toda intención, porque hacía todo lo contrario de lo que

inciertamente tenía como arte poético.

Por ejemplo, Geenzier afirma que "poeta es la persona que siente profundamente —y yo recuerdo, de paso, que Nietzsche dice que para sentir profundamente es necesario pensar hondo—, y con ingenio y oído musical vierte sus sentimientos en palabras conceptuosas combinadas armónicamente, de manera que con su lectura se regocijen a un tiempo el oído, el cerebro y el corazón". Pero esto lo consigue solamente cuando escribe como Clemencia Isaura; es decir, cuando no es él sino una sensitiva poetisa quien se expresa. Luego dice que hay que juntar "en todo verso lo nuevo con lo arcaico", pero esto lo ha dicho Chocano en 'Alma-América": "todo el vigor antiguo dentro del arte nuevo". Y, mucho antes, André Chenier en un verso memorable. El no lo consigue, porque de cosas arcaicas —seguramente que alude a las formas — no tiene nada y porque lo único de hoy que posee son unas cuantas alusiones al Broadway de Nueva York, y la novedad no está en los simples nombres sino en el espíritu.

José Guillermo Batalla postula lo siguiente:

"Para que el verso triunfe debe nacer con alas,
. . . . . .
sin burdos oropeles ni artificiosas galas.
. . . . . .
Solo el verso que fluye terso, puro y sencillo,
. . . . . .
es el verso que vive grabado en la memoria,
. . . . . .
el único que vale la pena de cantar".

Y después, en 1930, escribe estos versos que prueban la mucha sinceridad y certeza de lo anterior:

"Más tarde consumada
la infame ratería,
la tétrica bandada
de ladrones, alegre se reunía
en una oscura cueva abandonada".

Gaspar Octavio Hernández, a su vez, pide siempre música. Como Verlaine la quiere "antes que toda cosa". Mas esta obsesión, sin un severo freno estético, le hace caer en excesos:

". . . un bruñido puñal
de la más bruñida plata,
mata

como un puñal de cristal
o como un puñal de agata;
que el metal precioso mata
cual mata vil mineral."

En cambio, cuando no tiene presente su afán, logra versos decasílabos, de pentasílabos perfectos, que recuerdan un poco a Bécquer:

Huérfana virgen, niña errabunda,
presa de males hondos y extraños,
que contemplabas meditabunda . . . "

Y Ricardo Miró, para no dar más ejemplos, dice que:

"No es el verso corcel que se desfrena,
ni tampoco rugiente catarata . . . "

Pero no vacila, más tarde, en escribir el campoamoriano monólogo de "La Huerfanita" que consta de más de doscientos versos octosílabos. Imprecisión, inseguridad. Hay siempre una marcada discrepancia entre los propósitos de estos hombres y sus acciones que no es más que consecuencia lógica de la falta de definición estética, filosóficamente fundamentada.

De modo que tenemos, primero, una gene-

ración que resulta vencida sin luchar; segundo, que no tiene criterio para seguir las corrientes del pensamiento, y, por último, que no la guía al escribir un ideal de belleza cierto y definido.

POLITICA Y LITERATURA

En estas semi-letradas democracias del trópico hay dos instrumentos, dos caminos, para obtener una posición burocrática de importancia: la pluma y el sable, la oda y la revuelta. En Panamá el sable ya no figura sino como simple metáfora popular para aludir a los pillos que asaltan carteras y amistades. Los Estados Unidos, siempre "celosos del orden y la paz", han obligado a los "generales" a guardar el sable —el de acero—que brillara en los gloriosos campos de "La Negra Vieja" y Cía., con napoleónicos resplandores. Sólo queda la oda como recurso.

De la oda en tono mayor se han valido los poetas de esta generación comentada para escalar las alturas gratas de la burocracia. Unos cuantos versos les han bastado para lograr toda clase de puestos, sin excepción de los que exijen una probada aptitud profesional. Como la poe-

sía no es en ellos una profunda manifestación del espíritu, cualquier Presidente que sepa conmoverse con unos renglones rimados puede recibir, inmediatamente del triunfo electoral, una oda en la que se le llama con todas las dulces palabras del ditirambo.

Pero hay más. Una vez obtenida la bendición dorada y cuando ya el Presidente cantado no puede otorgar más favores, buscan nuevos "bolívares" y "sarmientos" que elogiar, aunque éstos se encuentren entre los propios enemigos del que aplaudieron. Yo lamento que la invitación del señor Rector Roy no me diera tiempo de buscar en las colecciones de periódicos para constatar con el dato preciso mis afirmaciones. Pero en la conciencia de todos los que me escuchan está presente la fragilidad política de la mayoría de estos poetas. Les hemos visto vagar, de un lado para otro, aprovechándose de todas las posibilidades, y en una variedad de rumbos pasmosa. Y esto cuando se han expresado, pues en muchos casos han guardado un cómodo silencio culpable, "sin atreverse a nada". Hombres que sólo han tenido una mezquina hambre personal que satisfacer, para quienes la poesía no es destino sino simple vehículo

de vida, instrumento sustituto del sable de otros tiempos. Y un breve dato esclarecedor: casi todos estos poetas triunfan en la vida pública durante la presidencia paternal del Dr. Porras; cuando éste invitaba, en su lenguaje pintoresco, a los hombres honrados "a comer dignidad"

Apunto estas cosas porque me parece, con José Carlos Mariátegui, que siempre la trayectoria política de un artista da cuenta de su trayectoria espiritual.

Y ahora que he indagado un poco, que los he contemplado panorámicamente, en conjunto, en términos generales, como individuos de una generación, trataré de acercarme a cada poeta de los representativos, siguiendo un orden particular.

José Guillermo Batalla o La Autobiografía

Nace este poeta en la ciudad de Panamá, en el año de 1886. Desde pequeño comienza a escribir versos, costumbre que conserva todavía. Va a los Estados Unidos en plan de estudios. Al volver al país, se alista en la política —en la política de aquí—, y se inicia luego en la diplomacia. Ha publicado en grandes cantidades su producción, y es casi seguro encontrar en las páginas literarias que publican nuestros periódicos composiciones suyas, rigurosamente inéditas. Ultimamente ha publicado dos volúmenes de versos, prologados con mucha me-

licia por Gonzalo Zaldumbide, en los cuales recoge la parte de su obra que estima más perso-

nal y admirable. Batalla, como buen poeta de esta generación, tiene un elevado concepto de sí mismo, que lo hace caer en una confesión

ma. Si al salir a la calle, por ejemplo, encuentra una elegante dama, piensa inmediatamente en un soneto; y si es un desfile bomberil lo que encuentra, una oda comienza a bailarle en la cabeza. Hace una poesía burocrática, sin altitud, de simple anécdota y resonancia domésticas. Es el hombre que vive con el calendario frente a los ojos para no dejar pasar una fecha sin su respectivo canto. Poeta conmemorativo. sale a la calle a cantar a los bomberos, a las monjas, a los indios, a Martí, a Lima, a Francia, a Chile, a la Argentina, a Costa Rica y a las reinas del carnaval, para luego volver a la exaltación de sus actos más sencillos. Nos cuenta, por ejemplo, cómo ha tenido que pasar el año nuevo; cómo ha visto a una amiga, en el templo, al ir a casarse. Pero en lo que insiste siempre es en el relato de sus amores. El amor es el caballo de batalla de este poeta. Con mucho cuidado, sin que se pierda un detalle, cuenta sus conquistas. Es algo así como un Casanova menor que dice en versos modestos su vida. En su propósito, llega hasta decirnos las palabras que le han dicho en la intimidad de un encuentro amoroso. De una composición del segundo tomo, leeré lo siguiente:

"Nunca estuvo más bella que esa noche
perdida en las blanduras de su lecho.

. . . . . .

la hablé de mis pasadas decepciones
de dicha y de dolor...

. . . . . .

Para vencer la ruda resistencia
que ofrecía a mis cálidos antojos,
en la llama gentil de la elocuencia
arrojé el corazón, casi de hinojos.

. . . . . .

Ella, entre tanto, oculta la radiosa
faz en el lecho, sin abrir los labios,
escuchaba abatida y silenciosa,
mi largo y triste memorial de agravios.

. . . . . .

Desesperado ante el cruel mutismo
la dije con dolor: "Quieres ingrata
hundirme y que perezca en el abismo
de este desdén que mi ventura mata?"

. . . . . .

Entonces alzó la pensativa frente
buscó mi boca con sus labios rojos·

. . . . . .

Lloraba, sí, lloraba y es sabido
que la mujer que llora cuando juega
con la flecha quemante de Cupido
es porque está vencida y ya se entrega

Juntos permanecimos muchas horas
formando un nudo estrecho de ternura".

. . . . . .

Sé complaciente como yo lo he sido.
Acaso en la amorosa lid desmayas?"

¿Pero hasta dónde puede llamarse lo anterior poesía? ¿No será Paul de Kock puesto en verso? ¿Qué necesidad hay para decir estas cosas en forma tal? No es la falta de moral, no, la que me subleva, sino la falta de inteligencia. Cuando D. H. Lawrence, en su "Lady Chatterley' Lover", relata las más crudas escenas de la vida íntima, uno goza siempre. Pero la obra del poeta nacional es terrible por la ausencia de arte. Mas no se vaya a creer que se trata de algún poema de juventud. No, señores, es uno de los publicados en el año de 1930, en un libro que su mismo autor califica de "raro pentagrama", de "alcázar", de "jardín" y otras cosas.

En esa misma obra sigue a Silva:

"Es la hora
de las bellas excursiones al país de los ensueños,
de las grandes confidencias,
de los íntimos secretos;
es la hora en que se evocan
los recuerdos

de las épocas felices
que pasaron y murieron
como pétalos marchitos
o capullos entreabiertos.
En la calma de la noche..."

Luego, en "El Secreto de tu Encono", escribe como si quisiera que sus lectores recordaran la prosa:

"Talvez tengas razón, pero no creas
que me enfado; conozco tus ideas
y el por qué de tus críticas y mofas...
Cierto es que procedí como un ingrato..."

Más adelante busca el ritmo de Chocano:

"...Yo el más bello
festín brindo de las grandes sensaciones
(materiales;
soy la flor de la lujuria, de la Carne soy el grito"

El de Bécquer también, pero esta vez con un poco de acierto y finura:

"Amar y padecer! La eterna rima
del heróico poema de la vida;
una sonrisa tierna
y una profunda herida".

Pero, arrepentido de haber hecho poesía, vuelve a la sombra lúgubre de Julio Florez:

"Quiero que cuando muera
a mi sepulcro vayas,
más nó a rezarme plegarias.
Acércate y aparta sin recelos
la losa que te impida ver mi caja,
sin que te cause miedo
la tétrica algazara
que formarán de envidia los difuntos"...

¿Y Batalla? Aquí está, como siempre, hablando de sus conquistas:

"Y surgiste ante mí, provocadora,
falsa, entornando con pudor los ojos..."

Hemos visto la poca altura espiritual de los poemas de este poeta. Hemos visto que no tiene acierto ni elegancia para escoger el motivo poético. Ahora veremos si el verso que utiliza es lo suficientemente rítmico como para olvidar lo que expresa.

El verso más corto de Batalla, en sus últimos dos volúmenes, es de tres sílabas, por lo que no lo cito. En toda su obra abundan las com-

binaciones de endecasílabos y heptasílabos, sin gran tono; dodecasílabos descompuestos en versos tetrasílabos y octosílabos, sin ningún objeto. Citaré, particularmente las clases de versos que usa.

Heptasílabos:

"Oh, niños de la escuela,
aprended de memoria
esta sencilla historia
que en sí nada revela.
Desde entonces, perdidos,
por bosques y collados
de todos despreciados
y de todos temidos."

Octosílabos:

"No te ofrendo la oración
que mereces patria mía;
pobre es toda la poesía,
profana la inspiración.
Cuando embarga la emoción..."

Versos eneasílabos no he podido encontrar; aquí están estos decasílabos, que me parecen los mejores versos de la copiosa obra:

"Que junto al trono de tu belleza
no halle la bruja de la tristeza
cálido amparo, puesto de honor;
que eternamente la Diosa sea
la que ilumine cual blanca tea
tus soñaciones de paz y amor".

Los endecasílabos son tan pobres que no quiero citarlos para que no se diga que lo hago por malicia. He aquí los dodecasílabos:

"Luzcan los altares su mejor tesoro;
perfumen el templo todos los jardines;
y desde la vaga penumbra del coro
desgranen sus notas todos los violines..."

Los de trece sílabas:

"pienso yo que la mano divina del Señor
nunca mostró más arte, ni un acierto mayor,
que al modelar tu linda figura escultural."

Los alejandrinos:

"...que se le rinda culto ferviente al patriotismo,
porque estamos ya cerca del fondo del abismo
lúgubre y desdoroso de la relajación
y se impone el momento de la reconstrucción..."

Y por último, los versos mayores que hay en su obra: los de diez y seis sílabas:

"Al contacto de mis besos enigmáticos palpitan
las desnudas morbideces de la impúdica señora
y la virgen somnolienta, cuyas formas se marchitan
revolcándose en el lecho su carnal vigilia llora".

Pido perdón por estas largas citas, pero yo necesito probar que cuando afirmo algo aquí si no estoy en la verdad, me acerco a ella. ¿Hay en los versos citados pobreza de ritmo o no la hay? ¿Es Batalla un gran poeta? ¿Quién se atreverá a decirme que hace poesía o siquiera buenos versos? He aquí entonces que uno de los tenidos por nuestro vulgo semi-letrado como gran poeta no tiene elevación espiritual, ni bellas metáforas—que son cosa importante en el juego poético—, ni originalidad probada, ni acierto en el ritmo de su verso. Que me dejo llevar por la pasión, dirán algunos. Sí, señores. Yo declaro francamente mi pasión y mi parcialidad de opositor. Hago todo esto con alegría y entusiasmo. No quiero saber de esos críticos que dicen a los vientos su imparcialidad, su objetividad, y que ya desde Nietzsche tienen su calificativo. Pero, en fin, José Guillermo Bata-

lla ha ganado reiteradas veces el aplauso de la crítica indígena. Se ha dicho de él que es un gran poeta. Gobiernos repetidos le han brindado el apoyo que su convenido genio y admirable obra se merece... Mas yo pregunto, ¿es justo que poetas así figuren como los primeros de un país?

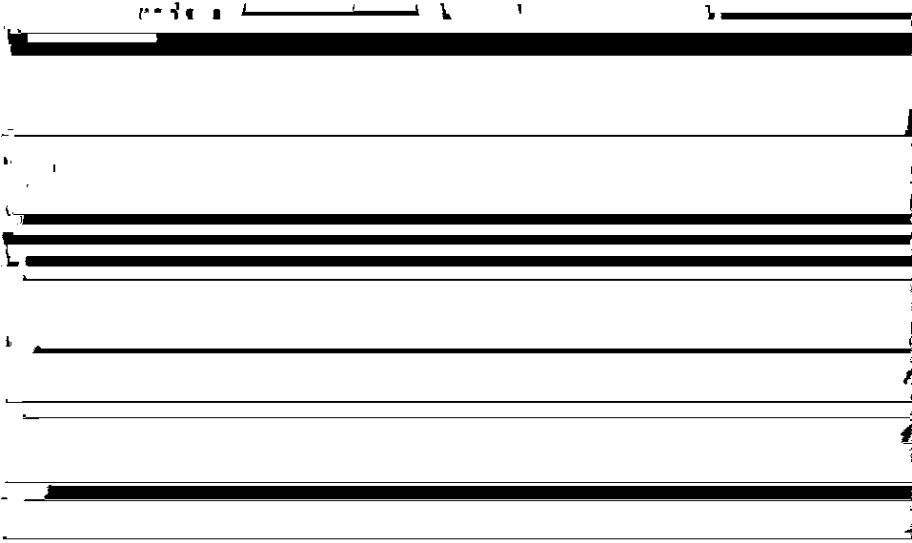
ENRIQUE GEENZIER
o el Madrigal Permanente

Nace Enrique Geenzier en 1887. Desde joven lucha tesoneramente por labrarse una posición en nuestro mundo social y literario. Se inicia con el verso patriótico, y el público le aplaude. Ya en 1914 es quien oficialmente canta a la raza creadora del canal interoceánico y suministradora de millones. (Su poema "La Epopeya del Hierro" tiene la característica de reflejar, con fidelidad, la actitud de los panameños frente a la inauguración del canal.) Se cree ingenuamente que los Estados Unidos son nada más que mensajeros de la paz y la civilización; que indios y chinos, rojos y verdes pueden darse un abrazo sobre las esclusas gigantes. ¡El canal! Nuestro público, embelesado con tanta música, bate palmas y se olvida de la terrible dentadura del cazador Roosevelt. La consagración nacional llega. Enrique Geenzier es otra gloria. Gloria que además de su talento tiene una exquisita cortesía y una armoniosa voz para recitar en los

solemnes momentos de la Patria. Y, sucesivamente, es nombrado Secretario de Legación, Cónsul, Ministro y Secretario de Relaciones Exteriores.

Es la de Enrique Geenzier una poesía cortés, de cumpleaños, matrimonios, fechas clásicas, carnavales, terremotos, inauguraciones y galanterías. Desde su primer libro "Crepúsculos y Sombras" inicia la eterna sonrisa madrigalesca de "a las plantas de usted, señora", "querido amigo mío", "Oh, Colombia, "Oh, España", 'Salve Reina", etc. Su verso tiene guantes de seda y escarpines. Críticos, obstinados siempre en el aplauso, encuentran que es un poeta lírico. En prólogos a sus libros, Byron y Tennyson salen como comparaciones. Yo creo todo lo contrario. Geenzier no es un poeta lírico desde que atiende demasiado a lo que sucede en la periferia de su persona. El lírico, por excelencia, —Juan Ramón Jiménez en España y Ricardo Miró entre nosotros— es, mientras se hace más lírico, hombre poco afecto a la compañía social, al verso de ocasión. Lírico es para mí el poeta personal, íntimo. Geenzier no lo es. Su musa de la impresión de que lee por las mañanas la página social de los periódicos para en-

viar madrigales a las amistades celebradas. Se puede observar cómo a medida que la obra de Miró se hace más poesía, van siendo menos las alusiones a la Patria del 3 de Noviembre. Para ser lírico hay que tener siempre la atención sobre uno mismo, asistiendo al mago espectáculo de las vibraciones de nuestra alma. Lirismo igual soledad más silencio. Quien, como Geenzeir, tenga su espíritu como una alfombra para que pasen en procesión todos los actos de la vida administrativa y social, no puede ser lírico. "La Tristeza del vals", que es el poema que le ha ga-



un lacrimoso relato de viejo teatro francés para

A la busca de los besos perdidos se va la memoria del poeta:

"Y esa mujer ha muerto!... Su cuerpo
(blanco y puro
hoy duerme el sueño eterno en un rincón oscuro,
olvidado de todos aquellos que en la fiesta
llenaban sus oídos con mil galanterías,
mientras que desgranaban las notas de la orquesta
un vals lleno de quejas y de melancolías..."

Pero hay un mérito que tiene Geenzier y que yo no quiero escatimarle: es el de haber contribuído a la educación sentimental de gran parte de nuestras chicas bien. Recuerdo que una vez, en un **cocktail-party,** me pidieron, con esa terrible costumbre nacional de las recitaciones, que dijera unos versos..."bonitos", decía la niña antojada. Recito entonces un fino madrigal de doña Zoraida Díaz de Strochm. Termino y el silencio más frío recoge mis palabras. Mas la gentil peticionaria me saca del apuro con este reproche: "Creía que iba usted a recitar "La Tristeza del Vals"...

Perdón, linda señorita, por esta mi herejía: Yo creo firmemente que la única vez que Enrique Geenzier ha logrado la emoción en el verso

es al escribir los delicados poemas de Clemencia Isaura. De todos es sabida la deliciosa **boutade** del poeta. En 1923 y 1924, aparecen en "La Estrella de Panamá" unos versos firmados con este nombre de mujer. La crítica de entonces, encabezada por el ecuatoriano Secundino Saenz de Tejada se levanta alborozada o, mejor dicho, excitada ante una mujer que no tiene reparos en decir sus inquietudes. Mas por una de esas indiscreciones, frecuentes en los hombres de letras, se llega a saber la burla encantadora de Geenzier. Y Clemencia vuelve a su silencio dejando a éste como guardián de sus sedosos versos.

Voy a hablar de Clemencia Isaura como si fuese una persona de la vida real. Después de todo, ¿no tienen vida los personajes que el poeta crea? Pirandello y Unamuno tienen largas luchas con los suyos y hasta reciben indicaciones de su parte. Recordemos nada más los "seis personajes" del italiano y "Niebla" del español. Pues bien, a Clemencia Isaura me la figuro así: alta, no muy blanca, con el cabello claro, los ojos grandes y oscuros, llenos de misterio, como los de aquella otra admirable y otoñal poetisa que se llama la Condesa de Noailles. Me la fi-

guro escribiendo, bajo la luz de una discreta lámpara, envuelta en una bata descuidada. ¿Qué escribe, con su graciosa letra de mosca, la poetisa? Me asomaré por encima de su bello hombro, a ver:

"Amor: por si vinieres esta noche,
sin llave he de dejar la cerradura;
y entrarás a robarme lo que quieras
envuelto en el cendal de la penumbra.

En mi tálamo blanco de azucenas,
roto mi cofre por tu mano intrusa
te ofrecerá mis perlas, mis zafiros,
y mis rubíes de encendida púrpura.

Yo, mientras tanto, me estaré en un ángulo
del camarín, sobrecogida y muda,
en la embriaguez que me produzca el verte
robar todas mis joyas una a una·

Y luego, cuando el rayo de la aurora
florezca en mis kimonos y en mis fundas,
soñaré que te alejas en puntillas
besando, ya al partir, la cerradura".

¡Delicioso! Nuestra Clemencia, como la ilustre y ardorosa Safo, piensa en el amor que ha

de venir. Ahora, señores, es un atardecer, un poco frío. Clemencia está a la puerta de su casa. Por el camino largo, viene un gallardo mozo. La poetisa le habla:

"Viajero: ¿tienes sed?... Mi fuente es fresca
y grata y armoniosa, como el vaso
de una rosa cubierta de rocío,
y aplacará tu sed con sólo un trago.

Viajero: ¿tienes hambre?... En mis contornos
crece el jugoso fruto perfumado
del risueño jardín de las Hespérides
en espera del ante de tus manos.

Viajero: ¿tienes frío?... ¡No vaciles!
Mi predio es un magnífico remanso,
y en él, como en las martas y vicuñas,
tendrás calor y suavidad de rasos.

¡Tienes sed, tienes hambre y tienes frío!
Y yo pienso en el néctar de mis labios,
en la pulpa rosada de mis pomas
y en el tibio vellón de mi regazo!

¡Ah, Clemencia Isaura, cómo fueras panameña! ¿Por qué hablas con tanta propiedad del frío y de las martas y vicuñas suramericanas?

Hace unos años, cuando todavía nuestra tribu moralizadora ignoraba totalmente los temas de alta cultura, un amigo mío, Enrique Ruiz Vernacci, habló en la Escuela Normal de Institutoras sobre Juana de Ibarbourou y Aura Rostand. Chocaba a "Errevé" la insistencia de la poetisa uruguaya en hacer de su cuerpo el sujeto de su poesía. Y resaltaba, en cambio, la suave espiritualidad de la Rostand. ¿Pero es —pregunto yo— que las poetisas deben ser nada más que madres ejemplares y ascéticas esposas? Jorge Simmel, el filósofo de la coquetería, está de acuerdo con la tesis de... pero perdón. No me acordaba ya que de quien tengo que hablar no es de Clemencia Isaura, simple personaje inventado por el poeta, sino de su autor, Enrique Geenzier. Pero es que de él yo no quiero decir nada, no me interesa. No me gustan sus versos por las muchas razones que arriba he apuntado sobre la poesía de página social. Y, además, conviene que no se hable mucho de Geenzier, que a lo mejor a estas horas está ocupado en enviar algún otro madrigal...

DEMETRIO KORSI

o la Resonancia

Nace en 1899. Es el más joven de la generación republicana. Hijo de griego y panameña. Fuerte imaginación. Trópico. Nunca puede en él la mesura griega contener la impetuosidad afro-indígena. Desde los primeros años del bachillerato comienza a publicar versos en las primeras publicaciones del Istmo. Escribe sonetos al general Tomás Herrera y sigue a Víctor Hugo. Es la hora de sus prosas en tono mayor. Piensa y escribe en héroe. Publica frecuentemente. Motiva largas discusiones de índole personal, y gana reputación de polemista. Hace política —la política de aquí— y consigue marchar como Cónsul a una ciudad de los Estados Unidos. De regreso, vuelve a la política —a la política de aquí— y no sale bien librado. Permanece entonces en nuestra ciudad. Hace bohemia en compañía de un español de nombre Goñi. Publica poemas, discute, insulta. Admira a Chocano y llega hasta llamarse "el sucesor".

Comienza a escribir la serie de poemas que forman su "Viento en la Montaña". De nuevo la política —la política de aquí— le favorece y marcha otra vez a los Estados Unidos. Regreso al país. Nuevos artículos, nuevas polémicas, nuevo viaje. Pero esta vez a Europa. Publica sus versos con un prólogo tropical de Manuel Ugarte, el tronante escritor argentino. Permanece largo tiempo en Francia y se hace maestro en las artes de vivir y **entrevistar.** Ahora se encuentra entre nosotros preparando la edición de un nuevo libro de versos: "Block". Pero casi estoy tentado a decir todo lo que sé de su vida y callar lo que puedo opinar de sus versos, pues su vida es más interesante que su obra. Su libro de versos más importante, que resume lo maduro de su labor, es "El Viento en la Montaña". ¿Qué hay en él? Lo veremos, en seguida. Es un libro escrito a la sombra calurosa de José Santos Chocano. Libro sonoro que, seguramente, ha conmovido al fabuloso autor de "Alma-América" por el reiterado homenaje de sus páginas. En una de ellas se lee lo siguiente:

"¡Ya la copla el aire cruza!
Ya repican las campanas!

. . . . . .

Luego un niño,
y, otra vez, un hombre nuevo que batalla,
y con sangre tiñe
el pomo de la espada,
en el gesto de salvar toda una raza!"

¿No recuerdan ustedes el poema "El Organo" de "Alma-América"? También de Chocano tiene los temas, además de los ritmos. Habla de las transmigraciones heroicas, de cuando él era un osado poeta, de espada al cinto, que se llegaba hasta los palacios a enamorar doncellas reales:

"Y sucedió en un siglo de lejana memoria:
Tú eras una princesa de romántica historia
cuyo paso seguía mesurado lebrel,
y yo era aquel felibre provenzal que la Gloria
consagró eternamente con su verde laurel."

Y más abajo, en el mismo poema:

"Que tienes en los rizos que adornan a tu frente
oro de más quilates que el oro del Perú!"

Al escribir una oda a su ciudad natal —Panamá—, tiene más presente la Lima que canta Santos Chocano. Dice, inconscientemente, po-

niendo de relieve sus simpatías, de sus calles que:

"...*saben de altivos virreyes y de tapadas;*
se oyen en sus plazoletas ruido como de estocadas,
voces cual de alabarderos, trotes cual
(palafranes..."

Y cuando, con razón, quiere ser Korsi, cuenta una apacible y burguesa diversión:

"Después fué el breve almuerzo:
las fresas, las manzanas,
las uvas, las conservas,
la radiante botella de vino, ¡descorchada
entre jocundos coros
de alegres carcajadas!"

q' termina en forma trágica de film **milnovecientos,** porque resulta que el poeta del almuerzo es hermano de un muchacho que, según se desprende del poema y de la buena voluntad del lector, ha enfermado mientras dura el paseo; de tal modo que cuando llega el regocijado paseante a su casa lo encuentra muerto:

"Y una voz gimiente repuso:
—Tu hermano en la tarde llegó muy enfermo;
se acostó y al rato

Dios le recibía en su santo seno.
Reza por tu hermano...
¡Tu hermano... está muerto!"

En esta parte personal del libro, quiero decir cuando la sombra chocanesca anda lejos, traduce un poema de Edgar Allan Poe. La segunda parte del vendaval, "La Serenata de Pierrot", como su mismo nombre lo indica, está formada por una serie de composiciones galantes, siempre bajo la evocación del gesto soberbio del poeta de Lima. Dice Korsi a su dama que él viene del pasado, como Santos Chocano a la suya. Y cuando la logra rendir a su elocuencia, repite, casi textualmente, un verso del poeta del Perú:

"Donde antes era esclavo me siento dueño ahora"

Luego, imitando los célebres versos de Chocano que terminan con aquella figura del jaguar que quisiera ser —Chocano— para "arrancarte las entrañas y ver si tienes corazón siquiera", escribe:

"Yo quiero ser la fina madreselva
que abrió su floración en la mañana
para ofrecerte el perfume de la selva
apenas entreabras tu ventana".

"Y ser quisiera el cinturón de armiño
que oprime tu magnífica hermosura
y eternamente y con sensual cariño
enlazar con mis brazos tu cintura..."

Hay en "El Viento en la Montaña" algunos poemas que tienen cierto valor por ser un intento personal, por su belleza verbal, por haber logrado acercarse al paradigma de Chocano. Me refiero a "Tamborito", a "La canción de la campana de la cárcel", al "Istmo de Panamá", a "Los cazadores de caballos salvajes", al "Centauro y la ninfa", a "Los ruiseñores ciegos" y al poema de "Las Palmeras". Debo decirlo por lo mismo que vengo por toda verdad. Demetrio Korsi es un poeta malogrado, unas veces, por el intento de parecerse a señalados ejemplares poéticos y, otras, porque su falta de cultura le impide tener severidad con su misma obra. En el poema de los caballos salvajes hay estrofas magníficas como esta:

"Se acerca el tumulto feroz de caballos salvajes,
que vienen sorbiéndose el aire en piafante locura.
¡Con pánico estruendo de cien abordajes
su rudo galope patea la extensa llanura!
Veloz, el tropel descendió de la sierra:

dejó de las frescas cañadas los glaucos confines,
y, al golpe bestial de sus cascos, trepida la tierra,
en tanto que el viento prolonga un silbido
(en sus crines"

Homenaje más sonoro y más digno no puede encontrar Chocano. En el "Centauro y la ninfa" consigue dar cierta sensación de mitología griega traducida al francés y luego al castellano:

"Sonrientes y desnudas, entre las claras ondas
del río y bajo el bosque magnífico y pujante
bañando sus bellezas, están las ninfas blondas
en grupo bullicioso de vida palpitante."

. . . . . .

De pronto hacen silencio... Qué sucedio?
(En las calmas
paternas del gran bosque se oueron pasos lentos
Pero han cesado...Y vuelven sus armoniosas almas
a dar sus risas suaves a los errante vientos!

. . . . . .

Es un extraño monstruo. Mitad corcel· Su busto
es de hombre, y con sus patas tritura los peñascos:
sus barbas son hirsutas, y aunque es grave
(y adusto,
atrás deja a los vientos el trote de sus cascos!

. . . . . .

Son lindas e incitantes· Son hembras. Su blancura
fascínale... Y medita que, aunque ya tiene el lauro
pudiera fácilmente llevar a la cintura
su ninfa. Y, hacia el grupo, galopa... ¡Es
(el centauro!

¿Qué mejor homenaje panameño, en buenos versos, para Rubén Darío? No cito las composiciones, en versos endecasílabos, "Las Palmeras" y "Los ruiseñores ciegos" por ser de todos conocidas y admiradas, lo mismo que su "Canción de las campanas de la cárcel".—¡Oh, "Ballad of Reading Gaol"!—Pero también Korsi tiene su parte entre las mejores composiciones de este libro de Korsi. Los poemas "Al Istmo de Panamá" y "Tamborito" me parecen lo más fuerte del libro. En "Tamborito hay bellas estrofas:

"A tu compás derrocha garbo y donaire
la bella interiorana de forma esbelta,
cuando, alzando los lindos brazos al aire,
va incendiando suspiros a cada vuelta!"

. . . . . .

¡Suena, suena sin término!... ¡Canta y alegra,
con tu fresco bullicio tu pompa franca;
cumbia de sicalipsis para la negra
y minuet versallesco para la blanca!"

"Al Istmo de Panamá", escrito en versos libres de arriesgadas combinaciones, tiene cosas así:

"Republiquita miscrocóspica,
ombligo del mapamundi, brújula de la eternidad,
faro de los atlánticos,
puente de la inmensidad..."

Ahora quiero tejer un breve comentario a este libro de Korsi que le ha ganado el título de poeta de Panamá. Hablar de indios, de jaguares, de piratas, de tapadas, de palafrenes, de caballos salvajes, no es conseguir dar la nota panameña. Aunque se hubiera limitado a cantar un pasado completamente nuestro, no sería el poeta nacional por la forma en que lo hace. Se ve muy bien que su propósito, más que dar la esencia panameña, es imitar a Chocano. Ya él mismo lo ha dicho en una carta a Enrique Ruiz Vernacci, que me dió a conocer Enrique Geenzier: "No me importa ser el mejor poeta panameño. Me basta y sobra con ser el sucesor de la gloria americana de Santos Chocano". ¿Y qué mejor intérprete de la obra que su autor? Yo creo, además, que no es la mera alusión al nombre nativo lo que da su carácter al poema. Es perciso que el substratum espiritual sea

producto de la tierra donde se escribe. Nicolás Guillén, el magnífico autor de "Sóngoro Cosongo", tiene muchos poemas donde ni siquiera nombra a su tierra afro-cubana, y, sin embargo, toda ella se expresa en cada una de sus líneas. No se trata de una cuestión de adorno, nada más, de adjetivos. Anda por ahí una novela de un norteamericano en la cual se dice muchas veces Panamá y "Salsipuedes", pero que así como menciona estos nombres puede decir la Habana, Veracruz o Jamaica. No se trata de palabras simple mente sino de espiritualidad, de esencia. Mi criterio estético me impide pedir al poeta una obra con muchas alusiones particulares, como quien manda recetas. Español es Federico García Lorca; cubano, Nicolás Guillén; uruguayo, Fernán Silva Valdés; argentino, Ricardo Guüiraldes. Pero quien amontona palabras sin ninguna sustantividad, no puede merecer el calificativo de poeta de un pueblo. Por decir cumbia, por hablar de Santa Ana y nombrar a Drake y a Morgan, no se logra un poema cuyas raíces lleguen a lo profundamente popular.

Me parece que la esencia de un país se consigue verticalmente. Quiero decir que sólo el que bucea en sí mismo hasta lo más profundo de

su yo consigue captar la corriente del delicado y misterioso río que es el alma de los pueblos. Quien procede horizontalmente, quedándose en la mera superficie, haciendo más o menos bellas descripciones, llenas de nombres nativos, sólo puede hacer esta clase de poesía paramental y estruendosa del autor del "Viento en la Montaña". El camino más corto para llegar a la verdad espiritual de un pueblo comienza en la propia alma individual.

DEMETRIO FABREGA

o la Objetividad

Demetrio Fábrega nació en 1881 en Santiago de Veraguas y murió en esta ciudad en el año de 1931. Hizo estudios en Bogotá y los Estados Unidos y viajó largamente por Francia, Italia, España y demás países importantes de Europa. Obtuvo el título de químico farmacéutico y consagrose con todo entusiasmo a su profesión. Al fundarse la Escuela Nacional de Farmacia, el gobierno le confió las cátedras de latín y química. Pero esta intensa labor profesional y docente no consiguió llevarlo lejos de la poesía.

Demetrio Fábrega es el poeta que representa, en la generación republicana, el eco parnasiano Más que los modernistas y Darío, son Leconte de Lisle y José María de Heredia sus paradigmas poéticos. Su poema es siempre pintura, fotografía, estatua, nunca voz interior Como Gautier, Demetrio Fábrega es un poeta

para quien "el mundo exterior existe."

Como un pintor del viejo estilo, se sitúa con su paleta y sus pinceles dispuesto a capturar la belleza. Su poesía es objetiva. El se propone describir, pintar. Vamos a seguirle, un momento, en su caza de paisajes:

"No has visto descender desde la altura
de la montaña, entre tupidas lianas,
dos fuentes de agua pura
que al llegar a la paz de la llanura,
se buscan y se abrazan como hermanas?

Separadas nacieron, separadas
bajaron por los recios peñascales
como si en vez de alegres camaradas
se dijese que fueran dos rivales."

Esto es pintura o poesía, se han de preguntar, seguramente, ustedes, que me escuchan. Casi me atrevo a asegurar que Demetrio Fábrega ha escrito sus poemas con un pincel. Cuando va a la playa, el oleaje le hace tomar de nuevo su paleta para trazar sobre el blanco papel el siguiente cuadro:

"Lanzando roncos, fieros rugidos,
el mar furente las costas baña
y al retirarse deja esparcidas
entre la espuma, sobre la playa,
pequeñas conchas de mil colores,
que la desnuda ribera esmaltan."

Luego, cuando se acuerda de los hombres, pinta otro, pero ahora con elementos humanos. Es la tragedia del Pierrot. La escribe —¿por qué no decir mejor la pinta?— en una serie de cuadros. He aquí uno:

¡Bravo Pierrot! Gritaba complacido
el populacho, que de gusto escaso,
arrojaba sombreros al payaso,
al Gran Pierrot de todos aplaudido,
Y aquel clown al sentir las ovaciones
Y los aplausos de la turba loca,
haciendo extrañas muecas con la boca
se agitaba en grotescas contorsiones".

El poeta-pintor va al jardín zoológico. Pinta lo que vé. Aprisiona a los animales en su verso. Viaja. Llega a Toledo. La Catedral posa para su pincel. Aquí tenemos el resultado en catorce pinceladas:

"En la altiva y vetusta catedral de Toledo,
en la puerta que se abre hacia el lado de Oriente
he visto una cariátide, que al decir de la gente,
de un hereje famoso era vivo remedo.

Cuando la lluvia cae por entre el fino enredo
de los frisos que adornan esa mole imponente,
una gota resbala sobre la faz doliente,
y al llegar a los ojos se detiene con miedo.

El sol, al levantarse en su marcha gloriosa,
en la muerta pupila, como lágrima viva,
hace brillar la gota que rodó silenciosa.

Y es así como ha siglos, sepultada entre yedra,
la cariátide aquella que del mundo se esquiva,
viene llorando a solas con sus ojos de piedra."

Ahora bien, si estudiamos estos poemas encontraremos que hay exceso de paisajismo en ellos. Falta alma, acento personal. Yo creo con toda sinceridad, señoras y señores, que esta clase de poesía objetivista es aburridísima. O se pinta o se escribe. El poeta, el verdadero creador de poesía, nunca procede descriptivamente sino por síntesis metafóricas. Por ejemplo, Miró, en el "Poema del Ruiseñor", sintetizará poéticamente: "hunde el pico en el agua trasparente, y

se bebe la luna, trago a trago". Esto es poesía. Hacer lo contrario, es decir, describir minuciosamente el momento en que el ruiseñor se engaña, será literatura, todo lo que ustedes quieran, pero no arte poético. Por suerte, Demetrio Fábrega era un espíritu comprensivo. Cuando sus compañeros de generación decían desatinos del arte nuevo, comenzó a indagar lo que había de verdad en el nuevo movimiento. El, que cuidaba como nadie las formas tradicionales, no vaciló en aceptar como justas las innovaciones que se imponían. Fué el primero de su generación que se hizo conflicto su propia obra. Yo recuerdo siempre, con respeto y profunda simpatía, sus palabras comprensivas. "Laurenza —me dijo una vez— yo no entiendo ese arte de hoy, pero comprendo que ustedes tienen razón." ¿Se puede pedir mayor nobleza? Cuando Sinán, nuestro joven lírico, publicó su libro de versos, "Onda", después de Méndez Pereira, quien escribió desde Europa, el primero en decir algo justo en nuestra prensa fué Demetrio Fábrega. "Las innovaciones, al principio, chocan, pero acaban por imponerse". "El arte nuevo al principio me pareció alambicado, falto de sinceridad, de un efectivismo pirotécnico, mas poco a poco,

he ido comprendiendo su razón filosófica. No es sino la interpretación justa de la vida actual. . ."

¿Cuántos de nuestros académicos de facto son capaces de tal comprensión? ¿Cuántos son capaces, como Demetrio Fábrega, de conocer el propio error de su obra y escribir estas siguientes estrofas, prometedoras de una renovación que la muerte no quiso permitir?

"Voy atado a la vida como bestia a la noria;
pisando, a cada vuelta, sobre mi propia huella,
sin nada que me diga de un canto de victoria,
y viendo en el espacio brillar la misma estrella.

Un día —cualquier día— yo sentiré la extraña
sensación de que se abre este círculo estrecho,
sentiré una luz nueva que mi pupila baña
y un grito de aleluya brotará de mi pecho!"

Gaspar Octavio Hernández
o el Deseo.

Nace en Panamá en 1893. Desde pequeño tiene que enfrentarse con la vida, duramente. Trabaja en los más humildes menesteres y, por su trabajo personal, llega a poseer una cultura libresca, extensa y poco uniforme. Lleva una sórdida y sin elegancia. A los veinticuatro asórdida y sin elegancia. A los veinticuatros años es nombrado Redactor Jefe de un periódico, que en ese entonces aún significaba algo entre nosotros. Un año después, en Noviembre de 1918, muere de un violento ataque de hemoptisis, al escribir una cuartilla sobre los letreros ingleses de nuestras calles

Sus libros, que son tres —"Melodías del Pasado", "Iconografía" y "La Copa de Amatista" —, muestran una uniforme expresión poética que hace pensar en la existencia de un propósito común. Musicales, sobre todo, están llenos de cadencias que a veces, por el exceso, llegan a

molestar. El poeta ha leído a Poe, al Baudelaire de la primera época y a Valencia y a Darío, entre los hispanoamericanos. De Poe, tiene los motivos del recuerdo:

"Nunca supe en qué sitio, ni a qué hora
vi por primera vez aquel doliente
mirar lleno de paz; aquella frente
serena y alta, nívea y soñadora."

De Charles Baudelaire, el gusto por las mujeres tristes. Pide a su amada lo mismo que el poeta de "Las flores del mal" a su Juana Duval: "¡sé bella y triste!" Hernández dice:

"Sé emperatriz de la melancolía
y haz que tu labio carmesí no ría!
Seduce más tu pálida belleza
cuando ciñe corona de tristeza..."

De Valencia, el gusto por los temas bíblicos —"Cristo y la Mujer de Sichár"—; de Darío, el afán verbal de **Prosas Profanas:**

"Todo vibra con músicas: los mares
que al cielo ofrendan su cantar sonoro;
el oro de la cítara de oro
del cantor del Cantar de los Cantares..."

Mas para apreciar el resorte íntimo de la poesía de Gaspar Octavio Hernández, hay que indagar un poco en el hombre cotidiano. Hernández era negro y le dolía la piel. A pesar de su inteligencia y su cultura, tuvo siempre como una desgracia su color. Nutrido de historias griega y latina, de lecturas francesas con abates rubios y princesas pálidas, viviendo en Panamá, donde todavía a pesar del poco de Africa que se lleva en el alma y en el cuerpo se tienen esta baja clase de conflictos, no tuvo la suficiente rebeldía como para echar por tierra todos los prejuicios, y sucumbió ante ellos. Tuvo siempre como obsesión la blancura. En toda su obra poética no habla más que de los níveos brazos, de las blancas manos, del ebúrneo cuello y de las pálidas mejillas... Cuando en su conocido soneto **Ego Sum** habla de sí, dice casi con melancolía:

"Ni tez de nácar, ni cabellos de oro"

Sólo tres veces en toda su obra nombra a una mujer cuya color no es radiantemente **blanca.** De temperamento débil, se evadió por la literatura de la realidad. Vivió siempre en un completo auto-engaño, anhelando lo que no podía

conseguir e imaginándose al escribir que lo conseguía. De aquí, ese tono falto de autenticidad que hay en su obra y que el lector, acostumbrado a indagar el mecanismo de cada verso, se podrá explicar teniendo en cuenta su perenne deseo insatisfecho. El deseo es el sutil resorte de la voluntad. Y cuando la voluntad no responde a la llamada, por incapacidad de cumplir lo deseado o porque no tiene medios donde actuar, el deseo, en lugar de extinguirse, se nutre de sí mismo, desesperadamente. Esta insatisfacción dolorosa llevó a Hernández a una especie de rebelión pintoresca, puro gesto y **pose.** Cuenta su más autorizado biógrafo, Demetrio Korsi, compañero suyo de bohemia y canción, que acostumbraba llevar siempre, en el bolsillo de la americana, pétalos de rosas que luego humedecía en la copilla de whiskey que tomaba en los bares frecuentados, frente a la mirada absorta de nuestros pacíficos ciudadanos. Otra de sus rebeldías era el vestirse, muy dandy, con un absurdo chaleco de color verde o rojo. Pero esto primero es una imitación inofensiva de lo que hacía Remy de Gourmont y que Darío dió a conocer en América; y lo del chaleco un eco retrasado del que usó Gautier en la noche del

estreno de "Hernani", el famoso drama de Víctor Hugo. Pero Gautier tenía razón para usar tan inverosímil prenda. El formaba parte principal del grupo que iba al asalto del gusto del público tradicionalista de la época. Todo ejército necesita una bandera y Gautier era el abanderado de los primeros románticos que se batían con el público burgués de la Comedia. Pero Hernández aquí era admirado como poeta desde un principio y respetado como tal. Su inconformidad, su deseo insatisfecho, su protesta, han debido traducirse en un gesto más cónsono con su inteligencia; no limitarse a esa revencha de los versos y a la pueril de las rosas y el chaleco. Fué un Julián Sorel de color sin voluntad. Ya decía Oscar Wilde que había hombres que escribían la novela que no podían vivir. Pero Gaspar Octavio Hernández pudo escribir y vivir una novela más bella aún que la que quiso: la de una rebeldía social.

Volvamos al poeta. Su verso es siempre sonoro. La forma del poema, cuidada. Pero tiene un defecto importante: relata mucho, con lo que pierde la fina y subterránea emoción poética. Más que la síntesis de la creación pura, le interesa la voluta retorcida de la palabra musical,

como por ejemplo:

"Huérfana virgen; niña errabunda;
presa de males hondos y extraños
que contemplabas meditabunda
cuál se extinguían tus veinte años;
huérfana virgen atormentada;
pálida enferma de ignotos males,
que reflejabas en la mirada
sombra de asilos y de hospitales;
yo tu amargura compadecía
y —enamorado de tu tristeza—
regué en la oscura melancolía
que era cual manto de tu belleza,
todas mis rosas de simpatía;
todas las rosas de mis ternezas!
Yo tu amargura compadecía,
pálida reina de la Tristeza!"

Muy bien. Pero esto no es más que repetir una idea, sucesivamente, en un mero deleite verbal. En su poema de "Cristo y la mujer de Sichár" hay bellos momentos como también algunos en los cuales el poeta se olvida del buen Jesús para deleitarse con los vocablos. Este es su defecto principal: el exceso de paramento. Muchas veces persigue la palabra por la palabra, hasta llegar, como en "La Balada del

Campanero de la Campana de Oro", a la estridencia. Sin embargo, es el único poeta de su generación que muestra un poco de cultura literaria. Y si se tiene en cuenta que toda su obra la realizó en muy pocos años, pues murió de veinticinco, se puede pensar que con el tiempo hubiere perdido un poco de su encanto verbal, ganándolo en esencia.

RICARDO MIRO

o la Poesía

Nace Miró en 1883 y desde entonces un hombre camina bajo la luna. Miró y la noche. Su poesía, lo que se puede llamar en él puramente poesía, está creada de noche, entre el sueño y la vigilia, sonámbulamente, guiada la mano temblorosa por el ángel de los buenos versos. Yo le he visto, a la hora en que del fondo de cada hombre salen los fantasmas, cruzar las calles silenciosas, sin rumbo, hasta dar con versos así:

"Anoche deambulaba por la orilla del mar
y me encontré conmigo y me puse a soñar..."

Poesía! Yo quiero encontrar la profunda diferencia que hay entre el Miró poeta oficial, con cédula ciudadana, y el Miró poeta angélico y sonámbulo, entre el que escribe de día, cuando han perdido la palabra los silencios, y el que lo hace de noche, acompañado nada más que por su musa preñada de emoción. Pero desgraciadamente, es el cantor oficial el que cuenta

con el aprecio de la crítica nativa. A Ricardo Miró le han otorgado aquí reiteradas veces el laurel del triunfo, pero siempre por sus cantos en tono mayor, épicos y ditirámbicos, y nunca por los poemas de "Los Caminos Silenciosos". Y al recordar esta injusticia, esta falta de apreciación, se me viene a los labios una blasfemia que no voy a callar: Los célebres poemas escritos por Ricardo Miró con el propósito, no sé si deliberado, de exaltar la historia de Panamá, así como sus poemas patrióticos—a excepción única de "Patria— me parecen indignos del "Poema del Ruiseñor", por ejemplo. Escuchen ustedes:

"Patria que me estremeces dulcemente;
Patria de mis amores; patria mía:
yo quiero saludarte en este día
en que la libertad besó tu frente.

Todavía la lengua de Castilla
ensalza a Dios bajo tu limpio cielo
y en tus noches de seda y terciopelo
la misma estrella de la raza brilla.

. . . . . .

Patria que me estremeces dulcemente;
Patria de mis amores. Patria mía:

Dios, como un talismán, te puso un día
la libertad de un mundo en la alba frente!"

¡Hay que convenir, señoras y señores, en que esto lo escribe cualquier poetilla oficial de Hispanoamérica! ¿Qué hay aquí? ¿Cuál es la novedad, la belleza, que hace acudir las lágrimas a los ojos de nuestro buen público? ¿Por qué se quiere insistir en admirar solamente al autor de estas cosas? Para olvidar un poco los anteriores versos, voy a sustraerle unas gotas de poesía al Miró nocturno:

Voló como la garza; voló cual la gaviota;
como la nube errante, como la errante nota
que llegan se detienen y siguen en el viento
dejando la inquietud en nuestro pensamiento.
(como vino

A dónde fué?... Quién sabe!... Se fué tal
a cumplir la consigna fatal de su destino,
a rodar por las calles, tal como rueda una
moneda, o como cae en un charco la luna..."

Este es el acento grato en Ricardo Miró.

El acento del poeta menor que escribe de noche, deambulando al azar; del Miró que en Pa-

namá no se ha sabido querer en todo su valor; del calumniado por ese otro Miró común, miembro de Academias.

En Panamá se ha creado una falsa idea que no perjudica a nadie más que al propio poeta. Se cree contar con un poetazo, en mayúsculas, cantor de las glorias nacionales y, a su vez, gloria de resonancia continental. Y esto es una tontería. Panamá no tiene un poeta continental ni grandioso, porque su mejor galardón literario es un poeta lírico, de un amable tono íntimo, que no quiere saber del bullicio de los aplausos ni las lenguas sabihondas de los académicos de la suya, sino de los rincones lunados y quietos de su pequeña ciudad. De este último Miró es de quien yo quiero hablar. El otro, el falseado por el entusiasmo de la tribu republicana, se lo dejo de mil amores a los necios, a los que no saben apreciar la belleza en voz baja.

En la obra de Ricardo Miró hay el mismo error que en la de los otros dos mejores poetas de la generación republicana: el exceso de palabras. En Miró la cuestión es excusable, puesto que ignora, risueñamente, muchas cosas. En él la emoción poética, de la cual está todo lleno. al traducirse en versos se diluye. La fina be-

lleza del "Poema del Ruiseñor" pierde mucho de su perfume en el aire al detenerse el poeta a pintar el cuadro. Todo el poema, lo que hay en sus líneas de verdadera y pura poesía, es, según mi parecer, el final en que cuenta el engaño del pájaro, parte final ésta en la que consigue primorosamente la síntesis artística:

"Ante el dulce deliquio que le miente
la Luna, riendo del cristal del lago,
loco de amor el ruiseñor se siente,
y respondiendo al amoroso halago,
hunde el pico en el agua transparente
y se bebe la Luna trago a trago."

Como también en aquel otro poema:

"...dolorosa y muda lo mismo que una herida.
Brillaba sin saberlo lo mismo que una estrella."

Y como en su magnífico poema de la "Alta Noche", en el que hay un juego poético de esos que la ignorancia enciclopédica de por aquí llama "vanguardistas", y que voy a citar:

"El humo voluptuoso del cigarrillo turco
subía en espirales haciendo lento surco,
y por la escala azul bajaba una hebra loca
de la luna, en sigilo, y se entraba en mi boca;

y en la alta noche llena de paz y de fortuna,
yo, por dentro, me iba encendiendo de Luna..."

Algunos críticos nacionales han comparado a Ricardo Miró con su compañero de generación Gaspar Octavio Hernández y han dicho que éste último resulta superior. Y me han contado que allá por los pintorescos días del año de 1916 llegó hasta haber dos bandos literarios irreconciliables formados por los amigos de los poetas. Mas, personalmente, creo que Miró es el único lírico, el único auténtico poeta de esta generación.

Para Gaspar Octavio Hernández la poesía es sólo "una cuestión de palabras". Es sólo la música verbal, la sílaba acariciadora lo que le importa y hace en el poema. Antonio Marichalar, el fino crítico de "Mentira Desnuda", cita el testimonio de D. H. Lawrence sobre ésto: "estas combinaciones más o menos gratas y seductoras, estarán siempre en boga y atraerán a la gente; pero la verdadera poesía es otra cosa: su auténtica calidad estará en conseguir ese inaudito esfuerzo de atención de descubrir un mundo nuevo, dentro del viejo mundo conocido." Gaspar Hernández ofrece como sumo juego poético el musicalismo de:

"Todo vibra con músicas: los mares
que al cielo ofrendan su cantar sonoro;
el oro de la cítara de oro
del cantor del Cantar de los Cantares..."

Y el de:

"...un bruñido puñal
de la más bruñida plata,
mata
como un puñal de cristal
o como un puñal de agata;
que el metal precioso mata
cual mata vil mineral."

Por su parte, Miró brinda una realidad insólita, "un mundo nuevo", cuando descubre el engaño del ruiseñor:

"...hunde el pico en el agua trasparente
y se bebe la luna trago a trago."

Lo mismo que al decir de una mujer que era:

"...dolorosa y muda lo mismo que una herida.
Brillaba sin saberlo lo mismo que una estrella."

Y a mí me parece que "a mayor creación, más poesía".

Lástima grande que las posibilidades poéticas de Ricardo Miró no cuenten con la ayuda de una seria cultura. Porque si la poesía es rapto, frenesí, ímpetu, el que lo sea no excluye la sujeción de ese rapto, de ese frenesí, de ese ímpetu a la conciencia estética del poeta. Lo espontáneo sometido a lo consciente, según el postulado de Juan Ramón Jiménez, máximo creador de poesía. Y es que indudablemente todo poeta debe ser un poco "agrimensor de su selva lírica" Por no serlo, por no poder serlo, es que Ricardo Miró ofrece junto a sus "Nocturnos" la cascada doméstica del monólogo "La Huerfanita".

En fin, quiero terminar mi indagación de los poetas porque todavía tengo algo más que decir y debo ajustarme a los límites precisos de una conferencia. Mas permítanme que les invite a saludar en Ricardo Miró al mejor poeta de su generación y a un gran poeta que pudo ser...

JUSTIFICACION
Y PROPOSITO

He repasado los valores más cotizables de la llamada generación republicana. Siguiendo aquel dicho de Nietzsche de que las verdades calladas se vuelven venenosas, he descorrido el velo halagador que cubría muchos ojos. Y hasta donde pude, con mis escasos medios, he llevado el examen, difícil porque acercarse a la obra de estos hombres es como llamar a un cuarto vacío.

Que no hecho más que destruir, dirán algunos. Que no hay derecho para tal empresa mientras no se cuente con una extensa labor personal. Pero es que yo hablo aquí como integrante de un grupo de jóvenes que sí tiene derecho a manifestar su opinión. Y, además, ¿se puede pedir mayor obra que destruir la falsa gloria? La destrucción lleva en su seno la creación como la noche al día. Con el examen presente se ha demostrado que la mayoría de los que aparecen como grandes son de una grande-

za como la del balón del niño, vacua y aparente; y que los que figuran como inconmensurables no son más que modestos artistas con pequeñas grandezas y grandes miserias...

Esto es doloroso, pero es la verdad. La desnuda verdad que ha encontrado una generación que trae los ojos limpios de toda nube convencional y que quiere afirmarse sobre realidades rotundas. Si hoy nosotros los jóvenes andamos "faltándole el respeto a las cosas tradicionales", como dice un intelectual panameño, es porque la tradición —¡ay tan costosa!— de que se habla no lo es para nosotros, escrutadores de un pasado hecho por hombres de la talla de los que hoy, en lo literario, motivan esta crítica. La nueva generación quiere disparar la vida panameña hacia un nuevo horizonte, preñado de promesas, y esa tradición estorba porque pesa sobre la conciencia nacional con su aparente suficiencia.

El panameño es un hombre para el cual la vida consta de una sóla dimensión. Para él vivir es sencillamente existir en la circunstancia fortuita en que le ha tocado nacer, y nada más. Mientras puede vivir en un sitio, ahí permanece. Es el hombre que no tiene casi necesidades, pues

su mayor empresa es, en muchos casos, el conseguir un **Ford** o un aparato de radio. Y con tal tipo de hombre, de tan peculiar psicología, hay que decidirse a construir una nación. Pero hay antes que enseñarle que no debe estar tranquilo en el orden de cosas actual. Por eso se ha emprendido un examen riguroso de la vida istmeña tanto en lo cultural como en lo económico: para demostrar a todos su podredumbre y agitar los entusiasmos que forjen un Panamá distinto, más noble y más cierto.